

## DISCURSO DE JOSE MARIA PIÑOL AGUADE

*Queridos amigos:*

*La herida es tierna, todavía sangra, pero no debe empañar nuestro día, pues es muy probable que desde otros ámbitos, nuestros compañeros recién desaparecidos nos estén incitando a la lucha. Hoy es el día de nuestra Fiesta Mayor, de San Fernando, que si fue Rey, conquistador y unificador, fue, sobre todo, adalid de los ideales de la cristiandad que nos hermanan en la fe y en la esperanza de un más allá. Hoy no es día de áridas lecciones magistrales sino de repique de campanas que si no pueden ser cánticos de gloria en estos momentos de catolicismo cómodo, vaciado de todo heroísmo cristiano, sí deben ser himnos que inciten a perseverar en el combate y mantengan la esperanza en la victoria final, la resurrección.*

*Muchos recordaréis, todavía, aquel maravilloso mester de juglaría que fue García Sanchiz que, a usanza del clérigo de San Millán de la Cogolla o del juglar de Mecinaceli, al término de nuestra última Cruzada recorrió las Españas cantando proezas y gestas, victorias y penalidades, héroes y mártires, muchos de los cuales, que no fueron ni obispos ni religiosos, murieron simplemente por su condición de cristianos, pero no han sido considerados santos como los mártires de la antigüedad, aunque para nosotros cuentan como tales sin que precisen declaraciones mediatizadas por politiquería, mezquindades o simples cobardías. Hay que honrarlos como tales y considerar como una de las páginas más vergonzosas de la historia de la Iglesia Española aquella en que un sanedrín con el nombre de Asamblea Episcopal renegó de ellos con escasos eufemismos diplomáticos.*

*Vosotros, tripulación de la pequeña nave Speiro, por vuestras gestas, con apariencias de minigestas, bien mereceríais un cantor de tal calibre. Sois aquel puñado de semilla esparcida en la correosa tierra mesetaria que hizo brotar un manantial muy leve, pero que pronto resultó incontenible para los límites peninsulares y saltando grandes mares se extendió por todo el amplio espacio americano produciendo incluso frutos, de los mejores, en aquellas queridas tierras chilenas que baña aquel mar tan español que Núñez de Balboa bautizó penetrando en sus aguas y trazando en ellas la señal de la cruz con el nombre de Mar del Sur, aunque posteriormente otro español más práctico, Magallanes, rebautizó con la denominación de Pacífico, que ha prevalecido en atención a que sus aguas calmas le permitían considerables singladuras.*

*Este cascarón forma en la Armada de la Cristiandad, en cruzada permanente, y en ella tiene asignadas misiones de índole intelectual, que no son negligibles en ningún ejército. Rivarol ya decía que a las ideas no se las extermina con el fusil ni se defiende de ellas con coraza o escudo. Vosotros sabéis que los cesarismos son transitorios y lucháis por la paz permanente, que exige renovación espiritual. Sois, pues, una Orden Militar, como proclama incluso la cruz roja que campea en la cubierta de Verbo, pero vuestra misión es epopeya de frutos a larga distancia y, por ello, no tenéis glorias inmediatas ni vuestras gestas reciben aplauso, arcos triunfales, ni desfílais en cortejos al son del trompeterío, ni vuestros escudos se pueblan de águilas indicativas de heroísmo. Y, sin embargo, esta es vuestra mayor virtud, el laborar*

sin premio inmediato. Por ello, vuestra Orden de Caballería sólo admite hidalgos de recio temple, dura forja, que soporten desalientos y desesperanzas. Jamás cabrán en ella sanchopancistas ni centristas que hacen guaridas de sus fortines y no simples asientos de ofensiva o defensiva. Vuestro banderín de enganche es tan limitado como selecto.

De nuestra marinería han salido últimamente los más recios intelectuales de la tradición católica y de la hispanidad, que es una de sus concretas encarnaciones. Vuestras publicaciones son inmenso arsenal de armamento intelectual. No es posible citar nombres concretos, pero como símbolo, como divisa, quiero resaltar la figura gigante de Francisco Elías de Tejada, hombre de saberes universales, de mente poderosa que representa en nuestra época contemporánea lo que aquel Giambattista Vico fue para su tiempo, en las tierras napolitanas y semi-españolas, el emblema del ideario tridentino, de la integridad en la fe, sin fisura alguna.

Nuestro servicio es de cruzada constante. En España tuvimos la epopeya multiseccular de la Reconquista, que no siempre fue estrictamente nacional. Treinta años antes de que se convocara para la primera Cruzada de Tierra Santa, un recio fraile que ejercía el pontificado con el nombre de Alejandro II ordenó predicar la guerra santa para la conquista de Barbastro y nombró capitán de ella a su gonfaloniero Guillermo de Montruil, quien acudió a las tierras hispanas con sus milicias pontificias, aquellas que en sus uniformes, tiendas de campaña y banderines utilizaban franjas multicolores entre las que predominaba el rojo y el gualda a las que Adro Xavier, con otros autores, considera el antecedente de las banderas aragonesa y catalana y, por ende, española. A tal capitán acompañaron valiosos guerreros, como el Barón Roberto Crespín, los Condes de Poitiers y Urgel y aquel Obispo que mejor vestía el arnés que la roja clerical de nombre Avito. Barbastro se conquistó en 1064, y de la importancia de la victoria dan cuenta los historiadores árabes midiéndola con el parámetro más sensible, el botín en doncellas. Unos hablan de 1.500. Otros de 7.000, y no falta algún avieso que atribuye al Obispo Avito haberse reservado para su harén particular 4.000 cuya edad no excedía de diez años. En todo caso son cifras que asombrarían al mismo Jardiel.

Como todo lo hispano, la victoria fue breve. El siguiente año los musulmanes reocupan la fortaleza y aunque Alejandro II organiza una nueva cruzada y nombra capitán de ella al Conde de Champagne, al que concede en feudo cuantos territorios españoles libere del dominio musulmán, su prematura muerte le impide llevarla a efecto.

El hombre de la reconquista, de la unidad española, es hombre lleno de fe y espíritu misional. Sabe luchar como guerrero en Lepanto y en toda Europa y, en ésta, además, con sus teólogos y filósofos en defensa de las ideas del iusnaturalismo de Grocio, Hobbes o Locke, que independizan la religión de la filosofía y otras ciencias; que el derecho natural existe con independencia de la existencia de Dios. Son la fuente del liberalismo, el protestantismo, enciclopedismo, jacobismo y, lo peor, del jansenismo, que intenta conjugar las nuevas ideas con la dogmática católica. Hija del jansenismo es la democracia cristiana, hija espúrea o sacrílega, pues es expresión que usa por primera vez un Obispo traidor, que juró la constitución revolucionaria francesa a diferencia de gran número de religiosos que prefirieron la guillotina, y que tampoco han sido

canonizados. Oponía la Iglesia revolucionaria a la tradicional, que juzgaba aristocrática y reaccionaria.

Pero otra expansión, mucho mayor cunde por América, donde España deja en primer lugar su fe, y con ella su lengua y su cultura. Es la Hispanidad. Yo he tenido ocasión de sentirla profundamente en una tierra que ha perdido casi por entero la lengua, en Santa Fe, capital del Estado norteamericano de Nuevo Méjico, que pasó casi directamente a tal dominio desde España. Es población que ha mantenido la arquitectura española, que toda ella imita el adobe blanqueado con la teja roja, que es la capital norteamericana más antigua, donde radica la más antigua Iglesia Católica y cuya Patrona es la Virgen Conquistadora, en cuyo honor se celebran novenas y procesiones y, con motivo de otras fiestas, hasta las de Moros y Cristianos. Mantiene vivo lo material, en forma emocionante, pero en la plaza central, en el antiguo caserón del Gobernador, de planta baja con amplia corraliza, hoy museo, unas lápidas en mármol narran la historia que inician con las palabras de que no es posible comprender la gesta hispana sin tener presente su profundo espíritu religioso, que impregnó aquellas tierras en las que no hubo genocidio, en las que conviven actualmente más poblados indios que occidentales y en las que toda la toponimia está impregnada de español. Son las tierras en las que se produjo y ensayó la primera bomba atómica. Allí se siente la hispanidad. Allí se publica el «¿Qué Pasa?» y «El Hispano», periódico éste de Albuquerque. Allí sentí la tremenda desvalorización de la Hispanidad, al contemplar el pasado octubre, por Televisión, cómo el premio de la misma era concedido a un Diego Rivera de lo español, el Presidente de Méjico. Pudo hablarse de comunidad de idioma, pero no de fe. Y la fe es lo sustantivo, lo esencial. El idioma es algo adjetivo, un simple instrumento de comunicación, temporal y relativo.

Todo parece subvertido. Recientemente, con motivo de la concesión del Premio Carlomagno, había que recordar un magnífico trabajo de Andrés Gamba sobre el tema. Si Carlomagno, aquel que concibió Europa y fue coronado por ella en la Navidad del año 800, como una República Cristiana, una Iglesia y un Imperio al servicio de Dios, hubiera podido contemplar cómo su nombre se utilizaba para hablar de una Europa descristianizada, pagana, cobarde y mercantilizada, renegaría incluso de su Imperio.

Algo sobrevive. Sólo quiero recordar, en el orden intelectual, aquellos grandes cipreses que, al decir de Fernández de la Cigoña, resisten todos los temporales. Entre ellos debe figurar nuestro Julio Garrido. Quiero recordar nuestros directos antepasados, la Acción Francesa que, nacida en 1899, pese a su breve duración alcanza inmensas repercusiones en el tiempo: se ha dicho que De Gaulle y Petain eran obra suya. Su valentía quedó plasmada en aquella Universidad paralela que creó y cuyas cátedras bautizó con nombres de grandes luchadores: Rivarol, La Tour du Pin, Barrés. Y una muy expresiva: la Syllabus, en honor del más valiente de los documentos pontificios del pasado siglo.

Nieta de ella es la Acción Española, obra inicial de Vegas Latapié y Ramiro de Maeztu, que agrupó la intelectualidad española tradicional en años muy difíciles, y cuya siembra perdura hasta nuestros días, como todos sabéis. En orden estrictamente religioso es heredera de sus ideales, Verbo.

*Queridos amigos, hidalgos que lucháis por Dios bajo la bandera de Speiro, que vivís en frontera, con vuestros héroes y vuestros mártires, como Sacheri y Plata Moreno, que esperáis nulas prebendas, pocas glorias y muchas amarguras. Actuáis en la línea de los grandes hidalgos españoles que vivieron ofrendando a Dios lo mejor que poseían, su vida. De vosotros no se dirá que rezasteis más a Santiago que a Cristo, pero se resaltará vuestra vida de servicio como la de aquel pobre caballero que mientras se desangraba después de una escaramuza, abandonado en la estepa de la meseta, recordaba, para atenuar sus postreras y dolorosas heridas, toda su vida, todo su servicio:*

*Haber servido a su dama  
a su rey y a su país.  
Haber levantado torre  
en la roca más hostil.  
Haber confesado a Cristo  
y, peleando por El, morir.*